

CAPITULO VI: PETROLEO, ESTADO Y DESARROLLO	237
1. La dimensión internacional	237
2. El proyecto de los centros de poder internacional	245
3. División mundial del trabajo y mutación histórica.	247
4. La dimensión interna.	250
5. Petróleo y Estado	254
6. La escritura en el muro	265

CAPITULO VI

PETROLEO, ESTADO Y DESARROLLO

Los países que se convierten en grandes productores y exportadores de petróleo, se sienten entusiasmados y hasta deslumbrados. La disponibilidad de este recurso altamente crítico parece exorcizar los espectros del atraso, la dependencia y el caos; promete la riqueza y el poder, el bienestar y la independencia. La bendición es sin embargo más compleja y contradictoria de lo que se supone para países en vías de desarrollo. Los beneficios van acompañados de problemas y peligros; pueden encontrar límites, desaprovecharse o perderse; ser usufructuados por fuerzas ajenas u hostiles al respectivo país, a su Estado y a su pueblo.

Los países que hoy ingresan el club exclusivo de grandes productores y exportadores de petróleo pueden gozar una ventaja que proviene de su tardía incorporación. Se trata de la posibilidad de conocer y evaluar críticamente la experiencia de los países que accedieron a esta situación en un momento anterior, para aprovechar mejor las ventajas, y eludir opciones engañosas, peligros y catástrofes. El estudio comparativo del impacto del petróleo en países en desarrollo, en diferentes momentos históricos, el esfuerzo por una sociología integral del petróleo, adquieren una relevancia teórica y práctica para países que franquean hoy los umbrales de la prosperidad petrolera.

1. La dimensión internacional

El petróleo ha sido y sigue siendo un fenómeno internacional. Emerge y avanza, adquiere una importancia decisiva, en el contexto histórico contemporáneo cada vez más condicionado y determinado por fenómenos internacionales en su esencia y su desarrollo, sus caracteres y sus proyecciones: la segunda revolución industrial y cien-

tífica, el monopolio, el imperialismo, la concentración del poder mundial.¹

Por razones que entrelazan caracteres y tendencias estructurales del mundo contemporáneo y características específicas del petróleo, éste es sometido cada vez más a controles centralizados y restrictivos, ya sea de tipo privado (compañías, cártel mundial), o de tipo estatal (URSS, otros países del Tercer Mundo, OPEP).

Desde los años 1920 aproximadamente, siete compañías —las denominadas hoy EXXON, Gulf, Texaco, Movil, Socal, British Petroleum, Royal Dutch-Shell— cinco norteamericanas, una británica, una anglo-holandesa, se apoderan de lo más importante del petróleo mundial. Corporaciones gigantescas, las mayores de la historia, compiten entre sí pero constituyen cada vez más un cártel mundial.²

Cada una de las llamadas *Siete Hermanas* se ha desarrollado como compañía petrolera integrada, que posee y controla su producción, su transporte, su distribución, su comercialización y financiamiento, y se vuelve así autosuficiente por integración mundial. En conjunto, las siete controlan el 76% de la producción de petróleo fuera de Estados Unidos y del bloque soviético; todas las refinerías extranjeras; las patentes y la tecnología de refinación. Se reparten los mercados y comparten oleoductos y tanques en todo el planeta; regulan los precios. Con los gigantescos beneficios autofinancian sus exploraciones y redes de transporte, sus refinerías y estaciones de expendio; su expansión en petroquímica, carbón, energía nuclear, plásticos, fertilizantes, medicamentos, y las innovaciones tecnológicas que requieren. Sus ingresos son mayores que los de muchos países donde operan, y sus flotas superan el tonelaje de cualquier otra.

Ello implica la acumulación de las ventajas de la dimensión y de la complejidad, la organización, la experiencia y la capacidad experta; los recursos y los aparatos; la envergadura de acción. Las Siete llegan a disponer de algo que se parece a un gobierno propio. Sus directores viven y trabajan en un mundo privado y autocontenido; se integran en juntas que encabezan burocracias gigantescas, disponen de recur-

¹ Ver entre otros: Georges Friedmann, *La crisis del progreso*, Editorial Laia, Barcelona, 1977; David S. Landes, *L'Europe technicienne — Révolution technique et libre essor industriel en Europe Occidentale de 1750 à nos jours*, N.R.F.—Editions Gallimard, Paris, 1975.

² Ver: U.S.A. Senate Small Business Committee, *The Staff Report on the International Petroleum Cartel*, Washington D.C., 1952 U.S.A. Subcommittee on Multinational Corporations, *The International Petroleum Cartel, the Iranian Consortium and U.S. National Security*, 1974; John M. Blair, *The Control of Oil*, Vintage Books-Random Hous New York, 1978; Anthony Sampson, *The Seven Sisters — The Great Oil Companies and the World They Shaped*, Bantam Books, New York, 1976.

esos inigualados para la planificación y la ejecución de operaciones gigantescas que abarcan naciones y regiones completas y al mundo entero. Juntas y burocracias se autoeligen y autopropietan, y logran una considerable autonomía de sus accionistas, de sus países y gobiernos, y de otras naciones.

La temprana transnacionalización de estas empresas permite que sus directores se ubiquen en una tierra de nadie, entre gobiernos, grupos y problemas del respectivo país y los de los otros países y el mundo. Logran un aislamiento relativo de sus presiones, una apariencia de neutralidad y de intermediación entre las naciones. Tienden a colocarse fuera y sobre toda autoridad o regulación, nacional e internacional, no responsables ante ningún cuerpo que juzgue y sancione su actuación, incontrolables y desafiantes frente a gobiernos e instituciones.³

Estas características de las Siete Grandes se proyectan y refuerzan en y por su cartelización, sobre todo desde el trascendental Acuerdo de Achnacarry (1928). Desde fines de los años 1940, la era del cártel del petróleo pasa a ser —según J. Blair— la era de la interdependencia oligopólica. Desde la formación del nuevo consorcio para la explotación del petróleo iraní en 1954 que sigue a la caída de Mossadegh, las Siete Hermanas se entrelazan cada vez más en empresas comunes y consorcios interrelacionados; en la comunidad de oportunidades y de limitaciones para su crecimiento; en la capacidad y eficacia mayores para regular —mediante acuerdos secretos o entendimientos instintivos a partir de premisas y prácticas compartidas— la producción, el mercado y los precios.

Por sí mismas y por su cartelización, las Siete van desarrollando una extraordinaria capacidad política frente a sus gobiernos y frente a los de otros países productores y consumidores. Los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países capitalistas avanzados, consideran indispensables a las empresas del Cártel. Ellas aseguran el abastecimiento de un producto esencial. Combinan sus actividades específicas con el servicio de la política exterior de los respectivos gobiernos frente a los países productores. Actúan como intermediarios y amortiguadores entre los países productores y los países consumidores. Contribuyen a la lucha contra la URSS y su

³ Ver Harvey O'Connor, *El Imperio del Petróleo*, Editorial América Nueva, México, 1956; H. O'Connor, *La Crisis Mundial del Petróleo* Editorial Platina, Buenos Aires, 1963; J.E. Hartshorn, *Oil Companies and Governments—An Account of the International Oil Industry in its Political Environment*, Faber and Faber, London, 1962; Peter R. Odell, *Oil and World Power Background to Oil Crisis*, Pelican Books, 4th Edition, 1975.

bloque, y contra las tendencias nacional—populistas y socializantes en el “Tercer Mundo”. Combinan así sus objetivos de acumulación y rentabilidad con los de interés, seguridad y defensa nacional de sus metrópolis. Los gobiernos occidentales abdican en favor de las empresas del cártel una parte considerable de sus responsabilidades, poderes y funciones en cuanto a la energía, a la política y a la diplomacia. Aquéllas son dejadas a las compañías que actúan de acuerdo a sus intereses particulares (con frecuencia contra los intereses nacionales y las exigencias de seguridad y defensa) y a un círculo restringido de políticos y funcionarios gubernamentales. Las compañías del cártel hacen política y diplomacia por su cuenta; desarrollan una mezcla peligrosa de petróleo y política, en lo nacional y en lo internacional.⁴

Cabe destacar sin embargo que las empresas del cártel han sido menos transnacionales y menos independientes de sus Estados de lo que ellas piensan o pretenden. Nunca han podido prescindir de sus bases nacionales en EE.UU. ni en Gran Bretaña, ni de una mayoría de accionistas del mismo origen, ni liberarse de la coacción del logro de beneficios para un destino finalmente doméstico. Toda vez que las Siete del Cártel se han encontrado en graves dificultades, han clamado por el apoyo de sus gobiernos, y éstos han intervenido en momentos decisivos, para el rescate, para imprimir a las empresas reorientaciones en la estructura y funcionamiento de la industria, y para impulsarlas al aprovechamiento de nuevas oportunidades.

Para políticos, gobernantes y administradores de los países productores y exportadores de petróleo, las empresas del Cártel aparecen largo tiempo como más grandes e imponentes que los Estados occidentales de origen. Irresistibles en su poder, inalcanzables en su capacidad, invulnerables y eternas, de sus decisiones depende qué países crecerán, cuánto y cómo. La explotación del petróleo abre además posibilidades fascinantes de poder y riqueza —en parte reales, en parte imaginarias— a las élites dirigentes y a las clases dominantes de los países productores y exportadores; las induce a la alianza y la complicidad con las empresas del Cártel.

Desde el comienzo de los años 1970, se acelera el ascenso —latente o emergente desde la década anterior— de una marea de conflictos

⁴ Ver ops. cit. nota (3) y también Marcos Kaplan, *Petróleo, Estado y Empresas en la Argentina 1907-1922*, Síntesis Dosmil, Caracas Venezuela, 1972; M. Kaplan, *Gobierno peronista y política del petróleo en la Argentina 1946-1955*, 1a. edición Praxis, Buenos Aires, 1957; 2a. edición Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1971. Ver también Capítulo V de este volumen.

y amenazas para el Cártel que éste no está en plenas condiciones de enfrentar y superar.

Por una parte, las siete empresas del cártel nunca dejaron de ser compañías comerciales, cuyo fin principal es hacer dinero. Su dirección y su alta burocracia de ingenieros y contadores se preocupan por el beneficio de corto plazo, la seguridad y la evasión de impuestos, y se ven limitados así en su visión política para la escena nacional y sobre todo para la internacional. La extensión de sus compromisos y de su masa de accionistas, las presiones y amenazas de productores independientes y de países productores-exportadores, limitan la capacidad de decisión de los directores; los vuelven temerosos y defensivos, preocupados por el *status quo*, menos adaptables, incapaces de cumplir o de aceptar todo cambio que no les sea impuesto. La disponibilidad y la capacidad de expertos y aparatos gubernamentales en los países occidentales, para formular y aplicar una política energética, han sido reducidas al mínimo por la ilusión de la eterna disponibilidad de petróleo barato y por la abdicación de funciones y poderes de los gobiernos en favor de las empresas del Cártel.

La menor aptitud de respuesta se va contraponiendo a una tendencia de largo plazo en los países productores-exportadores de petróleo (PPE): un creciente militantismo de sesgo nacionalista, populista y hasta socializante. Los PPE comparten la dependencia creciente, para su presupuesto y para su desarrollo, de un bien cuyas fluctuaciones de precios dislocan las economías. El petróleo es un recurso que se gasta y debe ser reemplazado por otro u otros, pero que está sujeto a la explotación acelerada para mantener en los países desarrollados un modelo de crecimiento irracional y un nivel de vida artificial. Hasta principios de los años 1970, mientras las reservas son abundantes en relación a las necesidades del consumo, y no existe riesgo de penuria, las relaciones de fuerza juegan en favor de los países industrializados y sus grandes sociedades petroleras, que fuerzan la baja de los precios en valor nominal y en valor real.

Se explica así el despliegue de una creciente insatisfacción con las compañías del Cártel, por su actitud dominante y explotativa; la desigualdad en el reparto de los beneficios en desmedro de los países productores, en cuanto a precios, regalías, impuestos; la mayor evidencia de los inconvenientes del sistema de concesiones; las prácticas de secreto, mendacidad y engaño. Por añadidura, los países productores-exportadores disponen ya de una nueva generación de intelectuales, técnicos y políticos, mejor formados e informados en materia de petróleo, con experiencia de relaciones con las compañías o de traba-

jo en su seno, y un arsenal de conocimientos y argumentos que provienen de las críticas formuladas contra el Cártel en los países desarrollados. Se comienza a percibir la necesidad de la unidad de gobiernos y países contra la dominación y explotación del Cártel y sus decisiones unilaterales, para arrancarle condiciones más favorables.

Los primeros avances se concretan en los acuerdos de Teherán y Trípoli de 1971, y se continúan por el impacto del cambio en el mercado de petróleo, de una situación de abundancia a otra de escasez relativa. La demanda crece más rápidamente que la producción, los precios suben, la posición negociadora de los PPE mejora. Las exigencias y logros van desde la demanda y el cumplimiento de la nacionalización, hasta la reivindicación de una participación creciente de los Estados productores que permita entrar en el complicado sistema mundial del petróleo sin desequilibrarlo y sin incurrir en las represalias del cártel y de los gobiernos occidentales. El conflicto del Medio Oriente induce a la utilización del petróleo como arma de presión, y desemboca en el embargo de 1973 que revela la debilidad y la división de las compañías del Cártel y de los gobiernos occidentales y la posibilidad de disociarlos y manipular a unas y otros. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se afirma como nuevo fenómeno, el mayor poder financiero de la historia, cártel de Estados productores, oligopolio estatal que enfrenta al oligopolio privado del Cártel.

Las compañías descubren su debilidad oculta por depender de concesiones otorgadas por un reducido número de PPE del "Tercer Mundo" cuya sumisión resultó no estar asegurada para siempre. *Hasta cierto punto*, la dependencia se invierte en favor de los países de la OPEP. Las *Siete Hermanas* pierden parte del control de precios. Sus concesiones son compartidas, ocupadas o nacionalizadas. Se las coloca en una situación intermedia, más o menos ambigua y conflictiva, entre productores y consumidores. Se ven atrapadas en una participación que las obliga a satisfacer más que antes las demandas de los PPE. Se reduce y problematiza su pretendido papel de intermediario neutral y de amortiguador benéfico, y se vuelven a vigorizar las sospechas y denuncias contra ellas por sus dudosas lealtades y por el sacrificio que imponen a los intereses económicos y políticos, de seguridad y defensa, de los países consumidores y también de los productores. Las empresas pierden además una parte de los beneficios que hasta entonces han derivado primordialmente de la producción, y deben comenzar a buscarlos en la distribución y la venta, el financiamiento y la tecnología, antes relativamente desdeñadas. (En las

dos primeras esferas es mayor el riesgo de control de los gobiernos en beneficio de sus intereses fiscales, de los consumidores y del país).

El debilitamiento del Cártel, sus empresas miembros y los Estados de los países desarrollados que les dan origen, base y apoyo, es real pero relativo y de ningún modo irreversible. Las Siete Grandes siguen siendo las mayores organizaciones globales del mundo, todavía no reemplazables por otras ni por países equivalentes. Conservan y extienden grandes intereses mundiales en petróleo, pero también en petroquímica y energías alternativas (carbón, nuclear, solar). Siguen dueñas de la asignación de las ofertas de petróleo en el balance energético global, pero ahora la cumplen también para los PPE. A éstos les proporcionan las Siete una infraestructura planetaria, mercados regulares y precios altos, a cambio de la seguridad de contratos a largo plazo que garanticen a las compañías abastecimientos de petróleo en términos preferenciales. A partir de la crisis energética de 1973, las Siete Hermanas incrementaron en escalas sin precedentes sus beneficios.

Con menos concesiones, las Siete siguen siendo fuertes; sin compromisos con países determinados; capaces de dividir a los productores, de arbitrar y reinar entre ellos; libres de coacciones para la baja de los precios; usufructuarias del control de los mercados. Para dividir y manipular a los PPE, las empresas del Cártel aprovechan la precaria unidad de aquéllos, sus luchas por el aumento de su participación particular en la demanda, su rechazo de todo conservacionismo efectivo, su falta de acuerdo sólido y duradero para la fijación de precios y la restricción de la producción.

Las siete compañías y los países de la OPEP cohabitan ahora en un *monopolio bilateral* en que unas son compradoras y los otros son vendedores. Los regímenes de participación y las empresas comunes refuerzan el interés de ambas partes en un marco mundial ordenado y en el alza de los precios. En favor de esta nueva *cartelización bicéfala* y de los precios altos y en ascenso indefinido coinciden: a) los gobiernos de EE.UU. y de Gran Bretaña b) las 7 empresas del Cártel c) el *lobby* petrolero tejano; d) las compañías independientes; e) los banqueros y, en general, todos los sectores de Occidente que se interesan en articular el excedente de los miembros de la OPEP con la economía de los países desarrollados; f) los inversores en energías alternativas; g) los conservacionistas; h) los Estados productores-exportadores. Estos últimos, además de las razones mencionadas, saben que la seguridad y rentabilidad de sus inversiones y la estabilidad de sus regímenes y sociedades, siguen dependiendo en medida considerable de los

países industrializados, sobre todo frente a la hostilidad del resto del mundo contra el carácter parcial e insatisfactorio del nuevo cártel estatal.

Contra la cartelización bicéfala tienden a estar los países y grupos consumidores, y los gobiernos sin esperanza de alternativas, es decir, una parte del mundo desarrollado y, sobre todo, la mayoría del “Tercer Mundo” que ya constituye un “Cuarto Mundo”. Esta nueva dimensión de la división del mundo entre los que tienen y los que no tienen, y el reagrupamiento de miembros de ambas categorías que ello implica, contribuye a privar de legitimidad mundial a la OPEP.

La constatación de una cierta coincidencia de intereses y comportamientos entre el Cártel y algunos países desarrollados, y los PPE, no implica afirmar la existencia ni la permanencia de una armonía de intereses ni de una sólida alianza. El Cártel y los gobiernos de algunos países desarrollados han mantenido, aunque de manera modificada, posibilidades y formas de dominación y explotación sobre los países en desarrollo que producen y exportan petróleo. Los primeros han sometido a los segundos a una estrategia de reintegración en el sistema económico mundial que mantiene o incrementa la renta petrolera para recuperarla. Los segundos, por acciones y omisiones, han posibilitado o favorecido en medida considerable —hasta el momento al menos— la realización y el éxito de tal estrategia.

La mayoría de los PPE mejora su situación a partir de la crisis de 1973-74. Cambian los regímenes de explotación, —de la concesión a diversas formas de participación y de nacionalización— e incrementan así su control sobre la producción y la exportación. Se esfuerzan por lograr una mayor disponibilidad de cuadros nacionales para la dirección y gestión de la actividad petrolera. Aprovechan la tendencia al aumento permanente de los precios e ingresos, en una coyuntura energética mundial que podría durar todavía varias décadas, y que reforzaría el poder de negociación en lo económico, lo político y lo militar. El control, en lugar de la recepción pasiva, de renta petrolera fuertemente aumentada genera un excedente considerable o cuantioso y con él un potencial de cambio. A la inversa, el excedente identificado con la renta petrolera puede ser bloqueado, desaprovechado, reciclado y recuperado por las empresas del Cártel, y por las economías y Estados de países desarrollados-consumidores.

La experiencia de la mayoría de los PPE confirma que la disponibilidad de hidrocarburos, el aumento de su producción y sus precios, de sus exportaciones e ingresos, no son en sí mismos signos o criterios de desarrollo, ni garantizan su desencadenamiento o continuidad

al margen de la existencia o no de políticas adecuadas. La falta de éstas y de otras condiciones favorables puede convertir a los elementos y efectos de la prosperidad petrolera en manifestaciones espectaculares pero efímeras de riqueza, e incluso en síntomas precursores de efectos negativos sobre el desarrollo.

El análisis de esta perspectiva obliga a considerar ante todo el papel de la dinámica externa, sin convertirla en único principio explicativo, en factor condicionante y determinante prácticamente omnipotente, y con la aceptación por el contrario del papel por lo menos igualmente decisivo de fuerzas, estructuras y procesos de tipo interno.

2. *El proyecto de los centros de poder internacional*

Ante la escasez de hidrocarburos, el alza de sus precios, sus consecuencias económico-financieras y políticas, los gobiernos y las transnacionales —las petroleras sobre todo pero también otras— de los países capitalistas desarrollados, han ido elaborando un *proyecto*. El mismo se identifica en esencia con el llamado *reciclaje*, es decir, los mecanismos y procesos de control, canalización, recuperación de los flujos del excedente petrolero, conforme a las necesidades y exigencias de la organización y funcionamiento del capitalismo mundial. El proyecto busca —o dice buscar— la coincidencia de intereses de las sociedades occidentales y de los PPE, aunque con la subordinación y sacrificio de los segundos. Para ello trata de combinar los circuitos clásicos del comercio y las instituciones financieras (existentes o a crear).⁵

El debate sobre hidrocarburos y crisis energética, el manejo de la información, la propuesta y la negociación de soluciones, se dan por parte de los gobiernos y transnacionales de los países desarrollados sobre la base y en los marcos de la aceptación de la situación anterior a 1973. Se ignora todo lo que implique alternativas, modificaciones, rupturas del orden de cosas internacional. Se rechaza toda transferencia real de riqueza y de poder a que pueda dar lugar la disponibilidad de una mayor renta petrolera por los PPE. El conflicto es a la vez económico, ideológico y político, y tiene más que ver con el control del poder que con el precio del petróleo y del gas.

Se hace una presentación deformada del problema y del diagnósti-

⁵ Ver Nicolás Sarkis, *La crise de l'énergie et le prix du pétrole*, en "Le Monde Diplomatique", Paris, Mars 1979; Michel Chatelus *De la rente pétrolière au développement économique: 'Hold-Up du siècle' ou nouveaux espoirs pour le Tiers Monde?*, en "Revue d'Économie Politique", Noll, 1976.

co. Se exagera el monto y el significado de los ingresos de los PPE, cuyo aumento regular deja pronto de ser evidente, y que constituyen un porcentaje pequeño de los indicadores globales de los países desarrollados. Se imputa al precio del petróleo la inflación mundial, mientras se pasa en silencio la incidencia de los precios de productos manufacturados o agropecuarios que los países capitalistas desarrollados exportan al conjunto de los países en desarrollo. La argumentación y la propaganda de los países desarrollados separan al conjunto de los PPE del resto del “Tercer Mundo”, como grupo homogéneo, parasitario e ineficiente, dotado de gigantesco poder financiero, beneficiario de una enorme transferencia de recursos en detrimento de los países consumidores.

Junto con esta operación de condicionamiento ideológico-político sobre las opiniones públicas, los gobiernos y las transnacionales de los países capitalistas avanzados inducen a los gobiernos y grupos dominantes de los PPE, para el diseño y realización de políticas y operaciones que se integran en la lógica de *recuperación por reciclaje* del excedente petrolero.

En primer lugar, se da la inversión de los fondos excedentes de los PPE en los sistemas financieros de los países capitalistas desarrollados, y en los sistemas internacionales que ellos constituyen y dominan. Se canaliza, controla y redistribuye así los ahorros de los PPE en beneficio de los principales centros de poder del capitalismo mundial.

En segundo lugar, los precios del petróleo bruto tienden a bajar en valor real. Al mismo tiempo, los precios de los productos refinados entregados al consumidor final en Europa Occidental ascienden. La parte de los ingresos de los PPE en los precios pagados por el consumidor europeo cae, mientras el fisco de los países industrializados grava fuertemente los carburantes. De este modo, el aumento inevitable de los precios del petróleo se efectúa en los países desarrollados consumidores, menos por un ajuste de los precios del bruto que por un aumento de la fiscalidad que se apropia así la mayor parte posible de la renta petrolera.⁶

En tercer lugar, a partir y en función de la renta petrolera incrementada, los PPE aumentan su capacidad de gasto por rápidas y crecientes importaciones de bienes, servicios y proyectos de los países capitalistas avanzados.

⁶ N. Sarkis, *La Crise. . .*, cit.; Michel Chatelus, *Déséquilibres pétroliers et déséquilibres globaux: Les pays exportateurs de pétrole excédentaires et les déséquilibres de l'économie mondiale*, en “Mondes en Développement”, N. 22, 1978.

Finalmente, la enorme y múltiple trascendencia del control sobre los hidrocarburos incrementa —en escalas y con proyecciones sin precedentes— la propensión de los gobiernos e intereses dominantes de los países consumidores a englobar a los PPE en su área de *reserva estratégica*, con todo lo que ello implica, incluso el derecho a la extorsión diplomática, la injerencia política interna, la intervención y ocupación militares.⁷

3. *División mundial del trabajo y mutación histórica*

La crisis energética es a la vez efecto, rasgo, con-causa y refuerzo de un proceso de instauración de una *nueva división mundial del trabajo*, a su vez parte fundamental de una gigantesca *mutación* del capitalismo en marcha desde hace décadas. Se trata de una mutación global, múltiple y compleja; a la vez económica, tecnológica, social, cultural, ideológica, política, diplomática y militar. Es una mutación de vastos alcances y de dimensión y proyección imprevisibles; insuficientemente percibida y analizada; con repercusiones en los centros capitalistas desarrollados, en los países post-revolucionarios de economía centralmente planificada, y en el llamado “Tercer Mundo”.

La nueva división mundial del trabajo, la mutación en marcha, presuponen y abarcan, entre otros factores y elementos componentes, los que de modo esquemático se indican a continuación:

a) *Aceleración y profundización de la transformación estructural en los centros capitalistas desarrollados*, ante y sobre todo Estados Unidos, pero también Alemania Federal, Japón, Francia; y particularmente:

- * Concentración y centralización del capital, bajo forma de *conglomerados*.

- * Incesante desarrollo de las fuerzas productivas, por el uso creciente de los procesos y resultados de la *Tercera Revolución Científica y Tecnológica* (informática, automación, nuclear, genética), en el proceso productivo, mercantil y distributivo, en la cultura y la ideología, en la organización social y en la vida política.

- * Elevación de la productividad del trabajo y racionalización del proceso productivo, incremento y sofisticación de la dominación y explotación de los trabajadores.

⁷ Ver Fred Halliday, *Iran-Dictatorship and Development*, Pelic Books, 1979, cap. 4; John Saxe-Fernández, *La dependencia estratégica y el petróleo*, en “Ciencia y Desarrollo”, CONACYT, México, No. 2 septiembre-octubre 1979.

* Dificultades en las condiciones de acumulación, sobre todo por las tendencias al descenso de la tasa de ganancia, las resistencias a la explotación por las fuerzas organizadas del trabajo, los conflictos obstaculizantes de la reproducción del sistema.

* Combinación de las necesidades de consolidación y avance en los centros nacionales del capitalismo desarrollado, y de expansión en el mercado mundial.

b) *Nuevo avance de la internacionalización del capital*. Ello se da como tendencia creciente a la *transnacionalización*, que se encarna y cumple en las *Empresas Transnacionales* (ET), convertidas en fenómenos centrales de la organización y funcionamiento del capitalismo.

Es ahora a nivel mundial que tienden a constituirse y realizarse: los procesos de reproducción del capital social en su conjunto; las bases de acumulación; las principales formas de inversión; la concentración y la centralización; la distribución y escala de los sectores, ramas y unidades de la producción; la competencia entre los grandes monopolios.

La transnacionalización combina cada vez más los objetivos de la realización y de la producción de plusvalía: maximización de la ganancia a largo plazo; capacidad competitiva a escala mundial (ventajas de la producción en gran serie, de las economías de escala, del acceso y el control de los mercados, del aprovechamiento de un comercio mundial en crecimiento); acceso a recursos primarios y a reservas de mano de obra a bajo precio; en suma, producciones baratas, venta a precios altos.

En función de estos objetivos, y de la nueva división del trabajo que ellos generan e imponen, las inversiones, los flujos de recursos (financieros, tecnológicos, humanos), las unidades de producción, se expanden y se desplazan, se dispersan y se reintegran de diferentes maneras.

En las *economías capitalistas centrales*, se mantienen y desarrollan las industrias capital-intensivas, y se siguen realizando innovaciones en tecnologías sofisticadas de producción y en nuevos productos, en los sectores dinámicos y de punta (electrónica, informática, química, átomo, genética). Desde los mismos centros capitalistas se exportan a los *países subdesarrollados y dependientes*, con bajos costos de producción, las industrias básicas (textiles, automóvil, química, electrónica, astilleros, siderurgia, ciertos bienes de capital). La producción se expande horizontalmente, y se integra verticalmente (división de sus fases entre regiones y países).

c) La nueva división internacional del trabajo y la mutación histó-

rica en marcha se identifican con un *proyecto histórico* de los centros del capitalismo mundial, más y mejor dotado que los predecesores de conciencia y deliberación, de voluntad implacable y de medios múltiples para su realización. Así, por una parte, el proyecto se propone una reestructuración del capitalismo avanzado y de su periferia mundial, a *cualquier precio*. La transnacionalización, a partir y a través de las E.T.N. y de los Estados de los principales países desarrollados, que se vuelve clave y principio regulador, motor y eje organizativo de la nueva división del trabajo, presupone y exige:

- * Un liderazgo compartido por los altos representantes del poder corporativo y político, para la unidad del mando del sistema y el logro y uso de nuevos mecanismos de administración conjunta (v.gr. la constitución y el proyecto estratégico de la Comisión Trilateral).

- * El refuerzo de la dirección centralizada y de la concentración y centralización de los resortes de poder y de los mecanismos de decisión, en particular: ciencia y tecnología, teleinformática, financiamiento y servicios (transporte, distribución), ideología y coacción etc.

- * La redefinición del modelo global de organización y funcionamiento del sistema internacional y de las sociedades nacionales.

- * La integración —más o menos rápida y completa— de la economía y la política mundial, en un sentido de interdependencia y cooperación crecientes, como precondition y rasgo de la variante elegida de desarrollo y calificada como tal. Ello requiere una redefinición de los objetivos nacionales de cada país para su armonía funcional respecto a los objetivos globales del modelo mundial que se intenta imponer. Deben incrementarse las vinculaciones entre países, y entre sus políticas internas y externas, para la constitución de un tipo especial de Nuevo Orden Internacional de propósitos compartidos.

- * Otorgamiento de un papel primordial a las ET en la estructura y dinámica internacionales y en los desarrollos nacionales, identificándose con una imagen de estadistas mundiales al servicio de la humanidad.

- * Tendencia cada vez más intensa y perceptible a la revisión del principio de soberanía, en un sentido restrictivo de todo lo que se considera obstáculo o enemigo del proyecto de integración transnacional: las fronteras políticas, el nacionalismo económico, los Estados-Nación en sí mismos y en sus competencias y conflictos entre sí y con las ETN.

Por otra parte, el modelo implica además, en los propios centros, y sobre todo en la periferia de países capitalistas menores y de países

subdesarrollados-dependientes, una constelación de factores, mecanismos y resultados de tipo *concentrador* y *marginalizante*. El modelo tiende a privilegiar cada vez más a una minoría de actividades, sectores y ramas económicas; de clases y grupos sociales; de regiones y de países; todo ello es desmedro de las mayorías nacionales y mundiales. Multiplica y refuerza así los fenómenos de *apartheid* de hecho y o de derecho; condena a grupos, regiones y países de todo tipo a la decadencia o a la extinción más o menos abiertas y rápidas. El modelo es generador de tensiones y conflictos de una dimensión e intensidad sin precedentes; por lo mismo promueve o refuerza tendencias y procesos, movimientos y regímenes políticos, de tipo autoritario o neofascistas.

La crisis energética de la última década y de comienzos de la actual, al mismo tiempo es resultado y componente, con-*causa* y parte del costo, posibilidad eventual de cumplimiento de la mutación que someramente se trató de caracterizar. Esta crisis, sobre todo al nivel de los hidrocarburos, se ha dado en gran medida como reacción a los efectos que la mutación ha generado o reforzado en los PPEP. Su emergencia y avance, sin embargo, al revelar e intensificar los desequilibrios del mercado energético internacional, actuarán como señal de peligro y advertencia rigurosa al Cártel petrolero, a las otras ETN y a los Estados de sus países-base, sobre la urgente necesidad de perfeccionar y acelerar los mecanismos de reconversión de sus economías y políticas nacionales y mundiales; han inducido el aumento cuantitativo y la mejora cualitativa de sus tecnologías y aparatos productivos y de sus capacidades generales e instrumentos específicos de dominación y explotación.

Reubicada así en perspectiva histórica la dimensión internacional del impacto del petróleo en los PPEP, que se analizó en la primera parte de este trabajo, cabe recordar lo dicho al final de aquélla. La acción exógena de ET y Estados de los países desarrollados no sería ni exitosa, de no encontrar sus correlatos, sus premisas y mecanismos de operación y de refuerzo, en el seno de los propios PPEP. Cabe pues examinar ciertos aspectos fundamentales de la dimensión interna del impacto petrolero en los países en desarrollo que lo producen y exportan.

4. *La dimensión interna*

La inmensa mayoría de los PPEP, la totalidad de los miembros de la OPEP, se ubican en Asia, Africa y América Latina, se caracterizan

por ser sociedades originadas o afectadas por la constelación *atraso-dependencia-desarrollo desigual y combinado*.

1. En estos tres continentes el impacto del petróleo ha comenzado por crear o reforzar enormes desigualdades de los PPEP entre sí, y entre ellos y el resto del llamado “Tercer Mundo”. Las desigualdades se dan sobre todo en términos de reparto de la población y del ingreso proveniente de los hidrocarburos; de las necesidades y capacidades de logro y absorción del financiamiento; de los destinos y resultados de la inversión. Se acentúan los desequilibrios y se profundizan los fosos entre:

a) Países productores-exportadores de baja población, excedente de renta y capitalización, incremento incontenible del gasto, despilfarro y esterilización de recursos.

b) Países productores-exportadores superpoblados, con insuficiencia de recursos y graves dificultades económicas y sociales.

c) Países subdesarrollados y dependientes, sin petróleo ni perspectivas de producirlo o comprarlo en condiciones adecuadas, que integran cada vez más un “Cuarto Mundo”, último círculo del infierno para los condenados de la tierra.⁸

Esta heterogeneidad vuelve siempre difícil y a veces casi imposible la articulación de los PPEP en una alianza o bloque regional o mundial de productores, dotada de coherencia y solidaridad permanentes para la defensa de sus intereses y la imposición de soluciones favorables frente a las ET, las superpotencias y los países desarrollados. En el mismo sentido opera la multiplicación y el choque de exigencias y estrategias diferentes, de formas sociales y de procesos y regímenes políticos. Ello contribuye a generar o a reforzar las luchas (étnicas, sociales, políticas), los choques fronterizos; los golpes de Estado; los conflictos intra- e inter-regionales; las guerras civiles internacionales; la injerencia y manipulación de superpotencias y potencias menores. Divididos entre sí, poco o nada solidarios, los PPEP hacen coexistir una línea de aprovechamiento particularista y aislado de las posibilidades de explotación de una coyuntura energética favorable, con los intentos de organización en el bloque de la OPEP. Plantean reivindicaciones más económicas que políticas, para el logro de ventajas dentro del actual orden mundial, no para su superación y reemplazo. El distanciamiento o la disociación entre los PPEP, y entre ellos y el

⁸ Ver N. Sarkis, *Les arabes riches et les arabes pauvres*, en “Le Monde Diplomatique”, Août 1978; M. Chatelus, *Pétrole et perspective de développement – Analyse de quelques Etats du Moyen-Orient*, en “Mondes en Développement”, 1975.

resto de sus continentes y del “Tercer Mundo”, generan o refuerzan la falta de coordinación entre objetivos y planes nacionales de desarrollo de cada uno, pese a las múltiples complementariedades (geográficas, demográficas, financieras, económicas), a la comunidad de destino político, y a la necesidad de luchar en común contra el atraso y la dependencia.

2. El impacto del petróleo tiende a provocar el surgimiento de un tipo de *país-pozo*, de *Estado y economía rentista*, de *sociedad de clientela*, y de un *modelo de crecimiento petrolero*.

La disponibilidad de grandes recursos e hidrocarburos, el aumento de sus exportaciones y de sus precios, el goce de una creciente renta petrolera, producen el llamado *efecto de adormecimiento* potencial (M. Chatelus), que se manifiesta en una serie de actitudes, comportamientos y resultados. *Un clima de euforia* produce ilusiones ópticas, la idealización y deformación de la realidad, la negación de los hechos desagradables. El petróleo y todo lo que él trae y da, son privilegiados a la vez como la causa y el medio, el fin y el equivalente del desarrollo. Se evade el examen crítico de los impactos múltiples —actuales y potenciales, positivos y negativos— que el petróleo puede producir y con frecuencia ha producido, en la economía, la sociedad, la cultura, la política, la ubicación internacional, la seguridad nacional, de los PPEP.

Se desestimula o rechaza toda preocupación por modos alternativos de instrumentación del petróleo como *uno* entre otros medios de crecimiento, a ubicar y usar sobre la base, en el marco y como parte de una estrategia de desarrollo integral. Llega a prevalecer una mentalidad y una ideología de rentista y de clientela en la economía y la sociedad, la cultura y la política. Se impone la idea que el dinero de la renta petrolera sirve para comprar e importar todo. Ello refuerza los factores de bloqueo de la sociedad y del Estado, contribuye a diluir las perspectivas de desarrollo integral a largo plazo. Este efecto se da de varias maneras. En países como Venezuela por ejemplo, donde el 95% de las divisas y casi el 70% de los ingresos fiscales provienen de las exportaciones de hidrocarburos, se adopta una visión del progreso que se funda en el *facilismo petrolero*, en la idea que el petróleo arreglará todos los problemas y pagará todas las cuentas. Con ello se crea un clima de incitación al enriquecimiento rápido, de especulación e intermediacionismo, de parasitismo y corrupción. Su contrapartida está dada por el desdén y el desestímulo de todo lo que sea sacrificio y esfuerzo de largo plazo, voluntad política y movilización de recursos nacionales como motor fundamental del desarrollo, crea-

ción e innovación (trabajo, capacidad intelectual y práctica, cultura y ciencia, tecnología y actividades realmente productivas).

El futuro y las opciones posibles para su cristalización, se ven y juzgan sólo en función de la estabilización, la protección y la perenidad de la renta petrolera y se teme todo lo que implique riesgos tanto nacionales como internacionales, en favor del mantenimiento y de la expansión de la renta que contribuyen a bloquear el desarrollo de la sociedad.

3. Una alta renta petrolera crea en sus beneficiarios de los países productores-exportadores (Estados, clases, grupos) una *alta capacidad de gasto* y una tendencia a incrementarla, la propensión casi irresistible a la *adaptación del gasto al monto de la renta*. Ello se ve posibilitado y reforzado por lo que Michel Chatelus llama la *coacción del tiempo como imperativo categórico*. Se tiene conciencia que las reservas de hidrocarburos son limitadas y agotables y, por lo tanto, la renta petrolera bajo su forma actual es precaria y restringida en el tiempo. Simultáneamente, la prosperidad petrolera crea o refuerza, o da nuevas dimensiones y proyecciones, a una gama de problemas y expectativas, demandas y conflictos (explosión demográfica, éxodo rural, hiperurbanización, desequilibrios regionales, escases de alimentos, insuficiencia del crecimiento, fantasías de bienestar fácil para todos). El consiguiente sentimiento de ansiedad y urgencia induce en las élites gobernantes y en los grupos dominantes una serie de criterios y comportamientos económico-financieros que implican la necesidad de hacerlo todo, de inmediato y de cualquier modo.

Los gobiernos y las transnacionales de los países avanzados consumidores promueven y aprovechan esta tendencia. Quienes controlan y usan la renta petrolera y buscan realizar toda clase de inversiones y compras, se enfrentan entonces con una oferta virtualmente ilimitada de capital, tecnología, organización, técnicos y hasta mano de obra provenientes del exterior de los países productores.

Esta acción externa estimula la capacidad de gasto siempre incrementada de los países productores, para el reciclaje y la recuperación del excedente petrolero, en este aspecto mediante ventas a precios más altos que los vigentes en el interior de aquéllos (inflación diferencial).

Los países productores-exportadores tienden a comprar y adoptar proyectos fuertemente capitalísticos, disociados de la economía y de la sociedad del país receptor, con la justificación de que ellos crean fuentes de ingresos para reemplazar la renta petrolera. Estas opciones sobre los medios imponen a su vez la elección de uno y sólo un mo-

delo de crecimiento económico, dependiente y determinado desde el exterior. A ese modelo tiende a corresponder otro modelo social-político, que se identifica con una voluntad de modernización rápida y superficial; intenta realizarse a cualquier costo, a través de políticas impetuosas; crea coacciones internas y externas que suscitan rasgos y resultados definidos (aumento de la subordinación internacional, eliminación de los cambios sociales, recurso a regímenes fuertemente autoritarios o neofascistas). Esta dimensión política introduce la problemática del Estado-Nación.

5. *Petróleo y estado*

El múltiple impacto del petróleo en los países productores exportadores se manifiesta y focaliza en el fortalecimiento del Estado y sus funciones, de sus poderes y de su autonomía relativa, para retransmitirse a todos los aspectos y niveles de la sociedad nacional.

En algunos países (Arabia Saudita, Kuwait, etc.), el petróleo ha sido determinante en la construcción de un Estado. Este se edifica alrededor y sobre la base de los pozos, más que como resultado de realidades geográficas, étnicas, históricas, socioculturales. El Estado precede a la Nación que, de hecho, cristaliza alrededor del Estado. La construcción del Estado, el logro de ventajas generales o particulares, van creando en la población relaciones de interdependencia, comunidades de intereses y conflictos, un sentimiento de pertenencia a ese Estado, y a la misma Nación que subsidiariamente va emergiendo.⁹

En Venezuela, la irrupción del petróleo se da tras un largo periodo de tardía formación y de incompleta supremacía del Estado Nacional, y se entrelaza con la emergencia de la autocracia centralizadora impuesta por Juan Vicente Gómez y el grupo de los Andinos. El petróleo y las empresas extranjeras que lo explotan necesitan un Estado nacional de plena vigencia en todo el territorio, y consolidan el poder de Gómez, cuyo largo gobierno se presenta como una autocracia unificadora y modernizante. Ella promueve el crecimiento simple y la modernización relativa de la economía y la sociedad venezolanas.¹⁰

En la etapa de crisis estructural, conflicto y cambio que va desde

⁹ Ver Leonard Mosley, *Power Play —Oil in the Middle East*, Penguin Books, 1974; Fred Halliday, *Arabia Without Sultans*, Pelican Books, 1974.

¹⁰ Ver Domingo F. Maza Zavala, *Historia de medio siglo en Venezuela: 1926-1975*, en Pablo González Casanova, comp., *América Latina: Historia de Medio Siglo. I. América del Sur, Siglo XXI Editores, México, 1977*; Domingo Alberto Rangel, *Capital y desarrollo. El Rey Petróleo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1970.

1936 hasta el presente, la expansión del Estado y el crecimiento petrolero mantienen en Venezuela una dialéctica compleja de mutuo refuerzo, cooperación, disidencia y conflicto. El impacto del petróleo ha contribuido a crear y ha acentuado en el Estado de un país como Venezuela y en otros similares, ciertos rasgos de dualismo y ambigüedad, tendencias a la autonomización relativa de aquél y de la élite político-administrativa, por la interacción de dos grandes tendencias.

El Estado de un PPEP se constituye o se reestructura y actúa, sobre la base y dentro de los marcos de sociedades sometidas a un tipo de desarrollo por y para el petróleo. En esta medida, el Estado expresa y sirve al sistema, al modelo de crecimiento, a la alianza entre las transnacionales del petróleo y otras de naturaleza y comportamiento similares, y a los grupos económicos y socialmente dominantes.

En el mismo proceso, el Estado y la élite político-administrativa que lo encarna y controla, incrementan sus intervenciones, poderes e instrumentos; tienden al monopolio político; adquieren un grado variable de autonomía relativa. A través de la amplia gama de sus funciones y actividades, el Estado proporciona y garantiza las condiciones generales de estructuración y reproducción del modelo petrolero-neocapitalista y tardío de crecimiento, economía y sociedad. Posibilita y refuerza la acumulación, la inversión y la rentabilidad de las transnacionales y de los grandes grupos nacionales de poder y de privilegio. Al mismo tiempo, asume y satisface las condiciones y exigencias de racionalidad de conjunto del sistema, y debe tener en cuenta las necesidades y demandas, las presiones y amenazas de otros grupos sociales que en conjunto son mayoritarios. Por otra parte, el Estado y quienes lo detentan promueven un proceso autoacumulativo de intervenciones, poderes y recursos; incrementan su relativa independencia de la sociedad y de las clases y grupos en confrontación nacionales e internacionales; tienden a convertirse en capa social específica, con intereses, proyectos y dinanismos propios.

De todas maneras, las coacciones del modelo de crecimiento y del sistema, proporcionan *en última instancia* las bases y los marcos para la actuación del Estado, le fijan orientaciones y límites, aunque ello no se dé de manera mecánica y lineal, ni suprima márgenes de libertad para el uso de los poderes y capacidades de decisión autónoma.

El Estado de Venezuela y de otros PPEP, que capta y concentra la totalidad o una gran parte de los recursos provenientes del petróleo y el gas, los controla y los distribuye, parece inclinado a combinar —en proporciones variables según los diferentes casos nacionales— las actitudes y los comportamientos de rentista y de regulador, de productor

y de consumidor. Se trata *por lo general* de un Estado artificialmente rico, en apariencia omnipotente, de hecho frágil y errático, ineficiente y despilfarrador, que no siembra el petróleo, o lo siembra poco e inadecuadamente.¹¹

Los dispositivos de captación, reparto y gestión de los excedentes petroleros por el Estado no suelen revelar *en la gran mayoría de los casos* una voluntad de ruptura con la dependencia externa ni con el *status quo* interno, ni un proyecto de transformación autónoma y progresiva. Traducen una adaptación a las realidades y coacciones predominantes, a la aceptación básica de las fuerzas y estructuras dominantes en lo interno y en el sistema internacional vigente.

La élite político-administrativa del Estado y la coalición de grupos socioeconómicos dominantes que se entrelaza, alía o coincide con aquélla, se basan en la posibilidad de rápido uso de los ingresos petroleros, para intentar la prolongación o la trasmutación de la situación privilegiada, en el periodo post-petrolero, con lo que para este momento hayan producido los activos originados en la fase de la prosperidad por la renta de los hidrocarburos. Para ello, se suele adoptar en la mayoría de los casos un modelo importado, el que busca y acepta *a priori* la lógica del crecimiento máximo; la perspectiva de la recuperación del excedente por el sistema mundial de producción y cambio; la dinámica de inserción de un número reducido de privilegiados y la necesaria exclusión del mayor número.

Este modelo puede proponerse solamente al establecimiento de una economía rentista-petrolera de autonomía y duración mayores, como el caso de Arabia Saudita. Puede también —como en el Irán del Sha y quizás en Venezuela— proponerse el logro de un crecimiento cuantitativo máximo, homotético del crecimiento capitalista occidental, que permita superar el atraso, alcanzar a los países desarrollados y convertirse en uno de ellos. En este segundo caso pueden entrelazarse motivaciones y finalidades de tipo económico, político y militar.

En todos los casos nacionales de importancia, se busca instalar y usar unidades de producción fuertemente capitalística, poco articuladas con las bases nacionales, de conformidad con las premisas y la lógica de la internacionalización del capital, en los marcos de la divi-

¹¹ Ver Francisco Mieres, *El petróleo y la problemática estructural venezolana*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969; Franklin Tugwell, *La política del petróleo en Venezuela*, Monte Avila Editores, Caracas, 1977; Gastón Parra Luzardo, *El despojo de Venezuela-Los precios del petróleo*, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1979; Sergio Aranda, *La economía venezolana*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1977.

sión mundial del trabajo. Estas unidades pueden estar esencial o exclusivamente orientadas hacia el exterior, como en Arabia Saudita. Pueden también, como en Irán, considerarse como base productiva ligada al mismo tiempo a un mercado nacional que es o puede llegar a ser importante, y a la exportación hacia un espacio económico internacional. En ambos casos, se presupone y busca la asociación con las grandes fuerzas del capitalismo mundial.

Al mismo tiempo, el uso de la renta petrolera para este modelo de crecimiento acelera la acumulación de capital y la creación o refuerzo de desigualdades y desequilibrios, y tiende a producir así rasgos y efectos (modificados y agravados) del modelo social de las economías capitalistas avanzadas. Ello no excluye que el crecimiento cuantitativo sea considerado como medio de crear o ampliar una economía de bienestar como componente subsidiario del modelo y concesión del grupo dirigente.

En la realización de este modelo, el Estado —y el país— rentista tienen una enorme capacidad para comprar técnicas y medios de producción sin restricciones financieras. Políticos y gobernantes, administradores y empresarios, se inclinan por la adopción y el cumplimiento de un gran número de proyectos caracterizados por el gigantismo. Quienes deciden y ejecutan suelen carecer de suficiente capacidad para definir, negociar e imponer concepciones claras sobre las condiciones en que los proyectos podrían realizarse de manera más beneficiosa para el país. Los proyectos suelen ser adoptados antes de estudiarse su congruencia y su coordinación con otros sectores y ramas de la economía y la sociedad nacionales, y con los proyectos e intereses de otros países y regiones similares. Nada garantiza que por este camino se marche hacia una estructura económica más o menos compleja y equilibrada.

La necesidad de instalar industrias altamente capitalísticas tiende a darse como simple construcción de fábricas modernas. Estas se insertan en un medio subequipado en infraestructura, carente de un tejido económico entre las industrias nuevas y otros sectores de la economía nacional, no integradas adecuadamente en ella. Las consecuencias son los fenómenos de despilfarro, sobre-costos, puntos de estrangulamiento y también los de extraversión e insularidad económica que se parecen a las producidas por las antiguas concesionarias del petróleo.

A este tipo de proyectos industriales y agroindustriales se accede bajo la forma de compra de conjuntos *aparato productivo-tecnología*, usualmente *llave en mano*, mediante firmas contratistas extranjeras que los proporcionan y realizan. Ello presenta dificultades y peligros

y se refuerza el desconocimiento y el desdén de los problemas de transferencia de tecnologías y de control y uso de las técnicas. En realidad, la capacidad de gasto no equivale a capacidad de absorción y difusión de unas y otras, de buen uso y capacidad transformadora de las mismas. La inversión como capital financiero no se transforma de modo fatal y automático en capital técnico, concebido éste como un conjunto organizado y operante para el logro de ciertos fines deseados.

En los PPEP, sobre todo los árabes, como lo señala Nicolás Sarkis, se ha pensado cándidamente que la renta petrolera basta y sobra para comprar el desarrollo a través de la tecnología moderna de los países desarrollados, lista para usar, al precio que sea. Ello obviaría, según esta concepción, los esfuerzos enormes y de largo aliento que implica el desarrollo de los medios nacionales de investigación y formación.¹²

El control de los concesionarios extranjeros se prolonga tras la conclusión de las mismas, mantiene o refuerza diversas formas de dependencia tecnológica y financiera. Los convenios de asistencia técnica que encuentran su base en la ley de nacionalización de Venezuela, aseguran a las corporaciones exconcesionarias extranjeras una continuidad en las compras de tecnología de altos costos y grandes dimensiones, y la venta a los entes estatales de programas concebidos en función de las ventajas que dan a las transnacionales.¹³

Las opciones tecnológicas para estructuras productivas de grandes dimensiones pueden encontrar serias limitaciones en: a) la insuficiencia del mercado interno; b) la falta de concreción de complementariedades efectivas con otros países similares; c) las coacciones del mercado mundial —éste impone restricciones a la posibilidad de un modelo autoconcentrado de desarrollo integral, sin garantizar tampoco la inserción subordinada en dicho mercado.

El impacto de la renta petrolera en el Estado también se manifiesta en sus actitudes y políticas respecto a la agricultura y el campesinado. Una y otro son, para la mayoría de los países productores-exportadores de petróleo, uno de los problemas centrales.

La agricultura es fuente de desarrollo, y tiene un papel crítico en

¹² N. Sarkis, *Les arabes riches...*, cit.

¹³ Ver Juan Pablo Pérez Alfonso, *Venezuela se acerca a la debacle*, en "Resumen", Vol. XXI, No. 258, 15 octubre 1978, Caracas; J. P. Pérez Alfonso, *Hundiéndonos en el excremento del diablo*, Colección Venezuela Contemporánea, Editorial Lisboa, Caracas, 1976; Francisco Mieros, *Nacionalización petrolera y dependencia tecnológica*, en *Jornadas del Primer Centenario de la Industria Petrolera Venezolana*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 22 de septiembre de 1978, mimeografiado.

el nivel de vida (alimentación, desnutrición). El campesinado constituye la mayoría de la población activa; se halla afectado por un desempleo que lo desarraiga o expelle del campo y no lo integra en una industrialización insuficiente; tiene un potencial político para el cambio progresivo o para la explosión anárquica.

La renta petrolera vuelve desdeñable el excedente efectivo o potencial de la agricultura. La creciente capacidad de gasto e importación resta urgencia al desarrollo agrícola. Los efectos directos e indirectos de la explotación petrolera refuerzan procesos de disgregación en la economía y la sociedad rurales; desarraigan y desestiman al campesinado; refuerzan el éxodo hacia zonas petroleras urbanas y las tendencias a la marginalidad generalizada. Los países productores de petróleo han tendido a desarrollar diversas actitudes y políticas ante esta constelación problemática. Ellas se agrupan en diferentes tipos, correspondientes a los casos de Arabia Saudita, Irán, Venezuela, Argelia-Irak, cuyo estudio comparativo es de enorme importancia.

En los modos y los efectos del uso de la renta petrolera y de la capacidad incrementada de gasto tienen una importancia central la naturaleza y el comportamiento de las élites políticas y administrativas y de los grupos dominantes.

El impacto y el papel decisivo del petróleo en países estructurados por la constelación atraso-dependencia, refuerzan la primacía de élites públicas con las características que J. P. Pérez Alfonso y otros han señalado para Venezuela y casos similares. Ellas se caracterizan por la soberbia y la insensibilidad a los intereses de sus pueblos, a los que no rinden cuentas y a los que todo le ocultan. Las tradiciones de absolutismo y centralización, de privilegio y despilfarro, se entrelazan con la presencia y la influencia de los grupos económicamente dominantes y con las tendencias autoritarias del moderno burocratismo, en refuerzo mutuo de ellas y de las propensiones a la incompetencia, la irresponsabilidad, la corrupción, el despliegue de políticas favorables a las minorías nativas y foráneas. Ello es posibilitado y reforzado por las restricciones a la participación democrática y al control del pueblo y de la opinión pública, y por la combinación de la propaganda mistificadora y de las prácticas de silencio y misterio sobre los asuntos básicos de la energía y los hidrocarburos. Políticos, gobernantes y administradores en su mayoría no suelen responder ante nadie por decisiones y errores; resuelven los asuntos a espaldas del pueblo, sin sentirse responsables por él, y lo obligan a soportarlo todo. Se inclinan a lanzarse, o a dejarse lanzar, por caminos extraviados, en una serie de proyectos precipitados de toda índole. La angus-

tía por el agotamiento del capital —hidrocarburos estimula la inversión acelerada de los ingresos petroleros disponibles en toda clase de proyectos. Estos se integran imperfectamente en políticas impetuosas que quieren vencer todos los obstáculos en el menor tiempo posible y a cualquier costo—, en países no preparados, carentes de dirección política adecuada, de aparato administrativo eficaz, de infraestructura económica y social suficiente.

Las élites político-administrativas y los grupos dominantes se interesan por aprovechar el despilfarro de los cuantiosos ingresos. Las mayores dimensiones financieras que trae consigo la renta petrolera facilitan nuevas dimensiones de aprovechamiento indebido. Se entrelazan los gastos administrativos extravagantes; las inversiones insaciables; la promoción del consumismo en quienes controlan los poderes de decisión y en la población nacional; el avance de la corrupción política y administrativa tanto del sector público como del sector privado.

Todo ello contribuye a determinar la mala gestión y la situación catastrófica de proyectos de desarrollo, empresas estatales y servicios públicos, y en general, el despilfarro de la renta petrolera y la mayor desvalorización del capital social.

El surgimiento y avance de la OPEP, sus exigencias e imposiciones, sus logros parciales, hasta el momento no han modificado en lo sustantivo el orden económico internacional ni su control por un pequeño número de Estados y países capitalistas desarrollados. No se ha incrementado decisiva y definitivamente el margen de maniobra ni la capacidad de iniciativa, presión y lucha de la OPEP y sus países miembros en la política interna ni en la internacional. Las alzas caóticas y espasmódicas de los precios de las exportaciones hidrocarbúricas a partir de 1973, que suceden a su largo estancamiento, no han contribuido a dar precondiciones favorables para la planificación de los esfuerzos de desarrollo con caracteres de coherencia, eficacia y largo plazo. Las alzas de precios han contribuido por el contrario a revelar la debilidad de las economías de la PPEP, y a crear o reforzar mecanismos y procesos con impacto dislocador sobre sus estructuras y sistemas (Irán primero, SaudiArabia y el conjunto del Golfo Pérsico ahora).¹⁴

La expansión de la renta petrolera y sus efectos directos e indirectos crean, mantienen o reafirman la tendencia a la monoproducción

¹⁴ Ver Abdelkader Sid-Ahmed, *L'OPEP - Passé présent et perspectives*, Economica, Paris, 1980.

de una materia prima destinada primordialmente para la exportación, y con ello las distorsiones y riesgos de todo tipo como parte de la condición de los países en desarrollo que son productores-exportadores de materias primas. El impulso casi irrefrenable de la capacidad de producción y exportación de hidrocarburos más allá del nivel de auténticas necesidades nacionales, implica ante todo un mayor desaprovechamiento interno. Así, como calcula Georges Corm, 305 millones de personas que habitan los países de la OPEP (entre ellas menos de 40 millones de árabes), consumen una décima parte de su producción de energía, equivalente a menos del 7% del consumo norteamericano, para una población superior en 90 millones. (*Les coûts du redéploiement industriel*, en "Le Monde Diplomatique", Janvier 1980). Dado un ritmo de agotamiento calculado en 20 a 40 años, los países de la OPEP siguen exportando a precios relativamente bajos una materia prima no reproducible, una energía barata y de fácil acceso que no exige una tecnología sofisticada, y que es esencial para la industrialización y el desarrollo.

El Cártel del Petróleo y otras ET y los Estados de los países capitalistas desarrollados, logran a través del alza de precios de los hidrocarburos y de otros mecanismos (comerciales, financieros, tecnológicos) superbeneicios a costa de la producción y del consumo, y al mismo tiempo responsabilizan a los PPEP ante las opiniones públicas nacionales y mundiales de la crisis energética, económica y político-militar.

El incremento de la renta petrolera y de la capacidad de gasto se canalizan como se dijo en dos grandes formas que se identifican con *dos mecanismos fundamentales de recuperación o reciclaje*.

Por una parte, el Estado invierte por sí mismo, o estimula la inversión de grupos privados de su respectivo país, en los bancos, aparatos productivos y propiedades de los países capitalistas desarrollados, sobre todo Estados Unidos y Gran Bretaña, y en los mercados internacionales que éstas potencias controlan. Ello se da bajo diferentes formas: inversiones predominantemente monetarias y financieras; compra de títulos públicos (bonos de EE.UU. por Arabia Saudita); adquisición de inmuebles (grandes hoteles, fincas, edificios de vivienda, oficinas), con estímulo a la especulación inmobiliaria.

Los Estados y ET, grupos y centros monetarios y financieros de los países desarrollados y del sistema financiero internacional, han demostrado desde 1973 una notable flexibilidad para el reciclaje y la reorientación de los excedentes petroleros de los PPEP. Han reforzado —como advierte M. Chatelus— su control sobre los flujos financie-

ros y sobre los flujos reales, de modo tal que las transferencias reales han sido inferiores a las exigidas por las transferencias financieras de sentido contrario, en perjuicio claro está de los PPEP. Gran parte de la masa financiera recuperada ha servido al capital financiero internacional con predominio bancario para dar crédito a los países del “Tercer Mundo” en proceso de industrialización, a fin de posibilitar sus crecientes importaciones de tecnología provenientes de los centros desarrollados. Correlativamente, la independencia real de los PPEP tiende a reducirse. La energía se vuelve cada vez más gran recurso estratégico y tiende a pasar al control de los países capitalistas desarrollados, dispuestos a todo para evitar que la acción colectiva de los primeros reduzca o suprima la disponibilidad de hidrocarburos a su arbitrio y en su beneficio. La acumulación de haberes financieros de los países OPEP contribuye de hecho a incrementar su subordinación respecto a EE.UU. y otras potencias capitalistas. Desde 1973-1974 hasta la crisis iraní, los excedentes petroleros han aumentado a ritmo menor. Se estabilizan y concentran en un reducido número de PPEP; han sido inferiores a lo previsto y sido erosionados (estancamiento de la producción, inflación, baja del poder adquisitivo del dólar), y corren el peligro de la congelación de depósitos bancarios (EE.UU. contra Irán) y de la asfixia de divisas.

A ello se está agregando ahora una perspectiva inquietante. *World Financial Markets*, boletín mensual del Morgan Guaranty Trust Co. (diciembre 1979), estima que los excedentes de la OPEP serán menos fácilmente reabsorbidos que en el curso del precedente impacto petrolero. Por consiguiente, podrían acumularse enormes excedentes, quizás a un ritmo de 70,000 millones de dólares por año, de ahora a 1983. Si los PPEP buscan convertir estas cantidades crecientes de dólares en oro, provocarían rápidamente una crisis financiera de amplitud nunca vista, trayendo una solución de continuidad en la evolución de un sistema financiero que ya sufre desde hace 10 años varios sacudimientos (*Le Monde*, París, 5 de enero de 1979).

Pese a ello o, más exactamente, por el impacto de tendencias disímiles pero convergentes, no ha dejado de aumentar la capacidad de gastos de la PPEP, sus crecientes y rápidas inversiones, compras e importaciones. *La capacidad de gasto*, segundo gran carril de la recuperación o reciclaje, se aplica a diferentes objetivos y rubros:

a) *En los gastos destinados a la explotación del petróleo*, pueden reflejarse las limitaciones y anomalías antes indicadas. Así en Venezuela, el Estado realiza inversiones para la producción de un recurso en vías de agotamiento, en cantidades superiores a las destinadas

cuando los hidrocarburos se hallaban en su plenitud, sin comprobación de los resultados de los mecanismos de recuperación, ni de las nuevas reservas añadidas por descubrimientos o por extensiones, y sin consideración de la caída de los precios reales. Este problema se agrava por las fluctuaciones y tendencias descendentes de la línea de rendimiento de las reservas por pozo, y por el encarecimiento de lo logrado por barril. A la refinación se le imprime una expansión aberrante, por adecuársela al nivel de demanda interna de los productos que refleja el consumismo desenfrenado, sin considerar que el petróleo sigue siendo el proveedor casi exclusivo de divisas para la atención de las compras externas que Venezuela reclama. Continúa la política de compras de tecnología costosa y grande a las transnacionales.

b) La renta petrolera convierte a los PPEP en *principales clientes de la industria de los EE.UU. y otros países capitalistas desarrollados*, sobre todo en cuanto a grandes compras de *tecnología y fábricas "llave en mano"* (y armamentos). Son así un soporte fundamental de los niveles de acumulación, rentabilidad y ocupación laboral de las grandes corporaciones de los países proveedores. Los mecanismos predominantes de transferencia de tecnología costosa e ineficaz que monopolizan las ET, hacia PPEP caracterizados en la mayoría de los casos por el subequipamiento generalizado, contribuyen a garantizar cada vez menos una industrialización auténtica. Al mismo tiempo, imponen un modelo de crecimiento que, por una parte, genera desequilibrios y conflictos socioeconómicos y políticos de todo tipo; y por otra parte crea o refuerza e integra aparatos productivos basados en el consumo intensivo de energía hidrocarbúrica.

c) *Compras e importación de bienes de consumo, sobre todo alimentos y bienes de consumo duradero.*

Si las importaciones de bienes de Venezuela para 1978 son once veces mayores que las de 1963 —insiste J. P. Pérez Alfonso—, “lo más grave es que buena porción de tales importaciones de bienes es para alimentar a la creciente población, sin avizorarse cambios en la tendencia también creciente de la peligrosísima dependencia que significa importar cada día más para alimentarnos. Y lo peor no son los mayores costos, sino lo más difícil que resulta cada día encontrarlos en un mundo hambriento. . .”.

“Una tercera parte de nuestras necesidades alimenticias tienen que satisfacerse con comida traída del exterior, con todos los riesgos y cargos implícitos. . .”.

“En este sentido, debe señalarse también el grado de dependencia externa a que ha llegado en materia de suministro de renglones consi-

derados básicos para la alimentación de la población y de los cereales, granos leguminosos, oleoginosas y leche; productos éstos cuyos volúmenes de importación han venido *incrementándose* año tras año. . .”.

“La importación de alimentos es gravísima por su constante crecimiento y el consiguiente aumento de la dependencia de productos cada día más caros y difíciles, además de su peligrosa rigidez para una balanza de pagos deficitaria. Sin embargo, nos parece peor la demostración indirecta de la propia incapacidad de producción de alimentos de Venezuela, pese a todas las exorbitantes sumas de dinero gastadas en ayudas a la agricultura y a la cría. . .”.

d) *Gastos de infraestructura en sentido amplio*: puertos, aerodromos, autorutas, centros de telecomunicaciones, hospitales, hoteles, centros de negocios, incluso los costos indirectos ligados a las prestaciones de servicios.

e) *Gastos militares*, de enorme importancia en sí mismas y en su contribución a la intensificación y aceleración de la carrera armamentista y de la escala de conflictos bélicos, y de las prácticas de autoritarismo represivo en el interior de los países productores-exportadores.

f) *Compra de la paz social*, para la neutralización y el control de las presiones internas en favor de cambios socioeconómicos y políticos, y para el mantenimiento del *status quo*. Ello se busca mediante la redistribución de una parte de la renta petrolera, a través de estructuras y actividades del Estado-Providencia y de un esbozo de economía de bienestar: compras de consumo; aumento de servicios educativos y sanitarios y de disponibilidades habitacionales, todo ello según un modelo occidental que no siempre corresponde las necesidades reales de los PPE.

g) *Gastos de redistribución internacional* de una parte de los excedentes petroleros, por una lógica política o en función de una estrategia económica de largo plazo. Se trata sobre todo de impedir que los países del “Tercer Mundo” que no son productores de petróleo, hagan frente común respecto a los que sí lo producen y exportan, para lograr que éstos sean aceptados por aquéllos como iguales, amigos y aliados. Este mecanismo opera sobre todo a través de arreglos bilaterales que permiten un mejor control de los beneficiarios. En esta medida algunos PPEP substituyen en parte a los países desarrollados. En el mismo rubro se ubicará el recurso por los PPEP del Golfo Pérsico a la mano de obra de países pobres (Pakistán, Egipto, India, Filipinas).

El incremento de la capacidad de gasto, contribuye a estabilizar y reducir los excedentes petroleros, a su reciclaje y recuperación por

los centros de poder nacional e internacional de los países capitalistas avanzados. La infraestructura de instrumentos financieros de los PPEP en situación excedentaria, nace y crece a la sombra de las instituciones mundiales dominantes. El Estado rentista tiende a desdeñar la creación y el buen uso de instituciones, sobre todo las fiscales, para la movilización de recursos. No se dan innovaciones importantes ni rupturas netas en los circuitos de reciclaje, cuya lógica no cambia ni pierde eficacia. Sólo en algunos PPEP se dan algunos intentos de establecer ciertas estrategias financieras de mayor complejidad y potencialmente autónomas.

Las compras e inversiones responden de todas maneras más a una lógica financiera que a una lógica de control y reorientación de la producción. El Estado rentista se inclina a insertarse y a operar sobre todo en el circuito de la distribución. Son limitadas las inversiones con vocación industrial, que corresponden a tomas de control de empresas productivas, y en los casos que ello ocurre también ahí prevalecen las preocupaciones de estabilidad y rentabilidad. Fuera del petróleo, las capacidades productivas de estos países se desarrollan de modo más lento que lo previsto. Los grandes complejos industriales de los PPEP no juegan un papel significativo en el reparto mundial de producciones y actividades económicas.

La combinación de todos estos instrumentos y mecanismos ha permitido a las ET y Estados del capitalismo desarrollado el financiamiento de los costos y la reducción de los impactos y riesgos de la instauración de la nueva división internacional del trabajo y de la mutación histórica en marcha. Ello incluye un aspecto central: la *diversificación de las fuentes de energía, la transición de la era de energía barata a la de energía costosa y técnicamente sofisticada*. De esta manera, como alertan Georges Corm y otros, los PPEP podrían verse obligados en el siglo XXI a pagar a los Estados industrializados la tecnología de fuentes de energía diferentes a las hidrocarbúricas, a valores medios superiores a los valores actuales de exportación. Al mismo tiempo, los PPEP deberían alimentar y reconvertir aparatos industriales basados en el consumo intensivo de la energía de origen hidrocarbúrico que ahora producen y exportan a ritmos y en cantidades crecientes y a valores reales decrecientes.

6. La escritura en el muro

Mientras los Estados y los grupos privilegiados de los PPEP gastan sin tasa ni cálculo, con la ilusión de los ilimitados ingresos petroleros,

se desarrolla en los últimos años un proceso crítico. La declinación de la producción y de la exportación petrolera, la estabilización y la tendencia a la baja de los ingresos petroleros, entran en contradicción con el aumento frenético de las inversiones, compras e importaciones.

En Venezuela y otros países en situación similar, la producción tiende a declinar. Se sigue extrayendo más petróleo del que se descubre. Las cantidades exportadas se reducen. Los precios de 1974, bajan.

La participación fiscal del Estado venezolano se reduce, por acción de varios factores:

a) Declinación de la producción

b) El compromiso en gastos exagerados y los crecientes apuros fiscales de los gobiernos crean en éstos una ansiedad por el ingreso petrolero y por las amenazas de represalia de las empresas compradoras del cártel que, sobre todo después de la nacionalización sugieren la posibilidad de recurrir a otras fuentes de abastecimiento. Los gobiernos se despreocupan por exigir y lograr mejores precios; se apresuran a liquidar los hidrocarburos por una explotación acelerada; aceptan o fijan precios inferiores a los de la OPEP.

c) La proporción de brutos ligeros en la producción total tiende a disminuir, mientras aumenta la de brutos medios y pesados.

d) Las empresas del cártel, que comercializan el 80% del petróleo venezolano, realizan maniobras para apropiarse de los superbeneficios provenientes de las fluctuaciones del mercado mundial.

e) Necesidad de gigantescas inversiones para mantener al potencial de explotación. La empresa descentralizada Petróleos de Venezuela, S. A. (PDVSA) arrebató al Estado crecientes aportes, bajo el pretexto de renovación y recuperación de la industria petrolera nacionalizada.

El gasto público ha crecido en países como Venezuela hasta dimensiones monstruosas. De 61.559 millones de bolívares en el periodo 1969-1973 salta a 227.324 millones en el quinquenio 1974-1978, un aumento de 369% que implica un crecimiento promedio interanual de 29.7%. Esta progresión insostenible debe ser reducida para 1979 a un 2.37%.

A la declinación de las exportaciones corresponde la carrera ascendente de las importaciones. La balanza comercial pasa de excedentaria a deficitaria. El desnivel de importaciones no es cubierto con aumentos significativos de otras exportaciones. El proceso multiplica dificultades para la reversión de las importaciones alocadas. Los transportes y los seguros se ligan a la suerte de bienes que deben ser asegurados y acarreados para su importación. Las inversiones extranjeras

no son demasiado afectadas por las nacionalizaciones, y se desplazan del petróleo a otros rubros del que se extraen partes significativas del producto bruto venezolano. Los viajes al exterior y el desenfrenado consumismo en ellos contribuyen al aumento del derroche. En la balanza de pagos el superávit amenaza con ser substituido por un pasivo aplastante.

La crisis del crecimiento petrolero en sus aspectos centrales agrava la situación en otros rasgos, componentes y resultados del mismo modelo. Se refuerzan los bloqueos, las insuficiencias y los desequilibrios del crecimiento, de la estructura y dinámica económicas, de la producción industrial y agraria. Se profundizan la distribución regresiva de la riqueza, del ingreso y del poder; las desigualdades e injusticias sociales. Se intensifican y aceleran los procesos de marginalización a la vez cuantitativa y cualitativa. El abismo entre ricos y pobres no deja de ensancharse.

Estos fenómenos de regresión y conflicto se dan no sólo entre el país y las fuerzas internacionales, y entre clases y grupos nacionales, sino también en términos espaciales, con la hiperurbanización y los desequilibrios regionales, la creciente incapacidad del Estado para enfrentar y resolver la multiplicación de problemas y situaciones sociales explosivas. Caracas como Teherán, exhiben los caracteres de una pesadilla metropolitana: insuficiencia o virtual inexistencia de los servicios públicos; caos de circulación; mal transporte colectivo; contaminación ambiental; déficit de vivienda; cortes de agua; pésimo funcionamiento de los teléfonos; decadencia del hospital y de la escuela; proliferación del alcoholismo y de la drogadicción; difusión irresistible de la criminalidad; inseguridad de ciertas zonas urbanas.¹⁵

A esta marea de problemas, conflictos y desafíos se contraponen una baja tendencial en la capacidad de respuesta del Estado, pero también de las clases, grupos e instituciones sociales, y del país en su conjunto.

La disponibilidad de una riqueza considerable y a veces fabulosa que se presenta como un regalo del cielo, de la naturaleza o de la historia, significa situaciones de dinero demasiado fácil, de generalización de la mentalidad de nuevo rico y de la idea que todo se compra y todo se vende, de consumismo irreflexivo. Todo ello contribuye a minar la sociedad, a corroer sus fuerzas vitales y sus principales ins-

¹⁵ Ver Domingo A. Rangel, *Opulencia y pobreza-La Faja del Orinoco, el Petróleo y la Agricultura*, Vadell Hermanos, Valencia (Venezuela), 2a. edición, 1978; Michel Chossudovsky, *La miseria en Venezuela*, Vadell Hermanos, Valencia, 1977.

tituciones, a destruir sus resortes fundamentales. Se rechaza toda disciplina, se abandona todo esfuerzo creador, se desdeña las tareas productivas y las formas prácticas de conciencia profesional y social. Ellas son reemplazadas por las manifestaciones del disfrute pasivo, la diversión fácil, la vida al día.

Si bien el control y el goce de la renta petrolera tienden a concentrarse en élites políticas y sociales, en las clases altas y en los estratos superiores de la clase media, mucho de la riqueza generada por los hidrocarburos circula y se filtra hasta cierto punto hacia sectores populares, aristocracias obreras, e incluso grupos marginales. En grados y con alcances diferentes, la mayoría de los componentes de todas las clases y grupos del país rentista comparten la carencia o el bajo nivel de conciencia de las situaciones y problemas que el modelo petrolero genera, la tendencia a la apatía y la irresponsabilidad en los espíritus, las actitudes y los comportamientos.

La entrega del país rentista a la ley de la selva de la búsqueda del beneficio, del poder y del goce como único regulador; la vigencia de la ideología de “cada cual para sí y sálvese quien pueda”; la prevalencia en todos los aspectos y niveles de la sociedad de la búsqueda de soluciones individuales o estrechamente sectoriales: todo ello contribuye a producir consecuencias de gran trascendencia.

El tejido social se disgrega. Los lazos de solidaridad social se adelgazan o destruyen. La homogeneidad del conjunto se vuelve problemática y precaria. Se desdibuja o desaparece todo lo que sea o pueda llegar a ser: raíces culturales; fisonomía específica; conciencia social y política; espíritu cívico; identidad nacional; voluntad de gran propósito, de designio colectivo y de proyecto histórico. A ello coadyuvan los mecanismos y procesos de bloqueo de conciencia y de desculturación que mantienen o refuerzan los rasgos y efectos del modelo petrolero, los grandes medios de masas, las formas de penetración cultural y de dominación ideológica de los centros hegemónicos.

Estas tendencias disgregantes y paralizantes se vuelven probables y hasta consustanciales al modelo petrolero del país y desarrollo. Al mismo tiempo, amenazan su coherencia, su equilibrio y su perduración. Aumentan la probabilidad (sobre todo cuando interviene el catalizador de una crisis energética y general en el sistema internacional), de fracturas inesperadas, de convulsiones cataclísmicas como Irán, de regresiones sociales y políticas hacia formas previas o nuevas de oscurantismo, autoritarismo y fascistización, o de apertura hacia transformaciones más o menos radicalmente reformistas o revolucionarias.

El análisis crítico de los tipos y experiencias de desarrollo petrolero en países rentistas, contribuye a dar un llamado de atención sobre los costos, los peligros y los límites de estas situaciones. No autorizan sin embargo a justificar la renuncia de las posibilidades que la disponibilidad de abundantes hidrocarburos ofrece a países en desarrollo en la actualidad y en las décadas que sigan. El papel fundamental que el petróleo adquiere no justifica reduccionismos ni fatalismos de ningún tipo. La problemática específica del petróleo se inserta en otra más general y determinante, la de un modelo alternativo de desarrollo. Las posibilidades de control, uso y disfrute de los hidrocarburos pueden y deben replantearse en el marco de hipótesis diferentes sobre un nuevo modo de formular y resolver las cuestiones del desarrollo, y de diseñar y aplicar una estrategia a tal fin. El desarrollo no puede identificarse con una simple reproducción mejorada de situaciones actuales, ni como el mero logro de enriquecimiento, sino como proceso y resultado de la transformación de la sociedad por un proyecto político. En esta perspectiva diferente, se busca un cambio social en el cual el crecimiento económico, al mutarse en desarrollo, es a la vez objetivo y medio. La renta petrolera se trasmuta en instrumento de acumulación de las fuerzas productivas. Las minorías rentistas son reemplazadas por las mayorías de productores y creadores como protagonistas y beneficiarios del desarrollo. Los PPEP y, en general, los países subdesarrollados-dependientes de América Latina y el “Tercer Mundo”, necesitan nuevas políticas económicas, fundadas en una visión a largo plazo de la adquisición del dominio tecnológico y de la productividad individual en las capas sociales más amplias y desfavorecidas. El desarrollo intensivo de las capacidades locales de ingeniería y de formación profesional debe adquirir prioridad sobre los sistemas costosos e ineficaces de enseñanza académica. La prioridad también debe ser otorgada a los trabajos que pueden emprender las clases populares y las capas marginales de la ciudad y del campo, en lugar de los proyectos gigantescos “llave en mano”. La movilización productiva del ahorro local, a menudo abundante, debe prevalecer sobre la movilización de costosos créditos exteriores que a su vez ahondan la dependencia tecnológica. Finalmente, las relaciones internacionales deben redefinirse en un sentido de ampliación y profundización de los espacios de solidaridad. Un proceso de transformaciones más o menos progresivas, en un número creciente de países, y la articulación de éstos en un bloque unificado de intereses y de instrumentos, crean y refuerzan considerables posibilidades para la lucha y para la negociación con las grandes potencias y con las

E.T.N. (del petróleo y las otras). En tales países y regímenes, la plenitud de la legitimidad democrática interna, a través de la participación efectiva de las mayorías, garantizará una legitimidad equivalente y un poder político indiscutible del Estado Nacional en el manejo de sus recursos energéticos y de otro tipo, del desarrollo interno y de las relaciones exteriores, y en la contribución a la emergencia de un nuevo y superior orden mundial.